



DISCURSO

CEREMONIA DE DESPEDIDA DE GENERALES 2007

Al iniciar estas palabras de despedida, permítanme una pequeña licencia. Quisiera leer dos versos de una poesía que aprecio mucho, escrita en inglés:

Oh! I have slipped the surly bonds of earth
And danced the skies on laughter-silvered wings...

Pilot Officer John Gillespie Magee, Jr.

No 412 Squadron, RCAF

Killed 11 December 1941

En este tono continúa una poesía, llamada High Flight, escrita por un joven aviador norteamericano durante la segunda guerra mundial. La escuché por primera vez el año 1975, al estar recibiendo instrucción de vuelo en una base de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos y he mantenido su recuerdo durante todos mis años de servicio, aun cuando haya sido en forma intermitente. Tal vez hayan otras que expresen los mismos sentimientos, pero no he logrado dar con alguna. Quisiera recitárselas en español; si bien es cierto que en la traducción pierde parte de su encanto, me esforcé por ser fidedigno a su significado original. Espero que les brinde a todos ustedes algo de lo que yo aún

siento cuando la leo:

Ah! Me solté de las mezquinas ataduras de la tierra
Y dancé en los cielos en sonrientes alas de plata;
Hacia el firmamento me elevé y me uní al alegre desorden
De nubes partidas por el sol – e hice cientos de cosas
Que ustedes no han siquiera soñado – rodé, floté y giré
En el iluminado silencio de las alturas. Agazapado allí
Perseguí al travieso viento en su camino y lancé
Mi ansiosa máquina por límpidos pasillos de aire.
Arriba, en el delirante y abrasador azul,
Sobrepasé con suave gracia las cimas barridas por el viento,
Donde nunca alondra, ni incluso águila voló –
Y mientras con mente serena y respetuosa, me asomaba a
La inmaculada santidad del espacio,
Saqué mi mano y toqué la cara de Dios.

No sé si a todos ustedes les conmoverá de la misma forma, pero para mí representa la mancomunidad de diversos sentimientos y valores, que hemos aprendido a vivir durante nuestro paso por esta gloriosa institución. Algunos de ellos fueron inculcados en esta querida Escuela de Aviación, otros provienen de nuestros hogares. Pero son estos los que guiaron nuestras decisiones y acciones.

Y así espero que ocurra con los más jóvenes, que asisten a esta ceremonia desde las gallardas filas de una formación militar y, aunque pueda parecerles lejano el motivo de ella, como alguna vez me lo pareció a mí, quisiera dedicarles algunos pensamientos.

Creo que lo que representa esta poesía es especialmente valioso para cada uno de ustedes, que tienen frente a sí, un bonito y largo camino. Ustedes irán construyendo su futuro paso a paso, a partir del inicio

de su vida activa en la Fuerza Aérea.

No será un inicio demasiado tranquilo. Cada generación debe enfrentar situaciones diferentes, a veces marcadas por acontecimientos de diversos grados de conmoción social.

En nuestra oportunidad, debimos desenvolvemos en una sociedad profundamente dividida y con graves heridas internas, que el tiempo se ha encargado de suavizar, aun cuando falte trecho por recorrer. Todavía sentimos las repercusiones y reverberaciones de aquella época, ya sea en el aspecto personal o institucional.

Tampoco puedo olvidar el febril estado de agitación, provocado por el centenario de la guerra del Pacífico o posteriormente, la controversia austral finalizada con el laudo arbitral. Estas situaciones provocaron cambios drásticos en nuestra institución, que aceleró su paso para estar a la altura de dichos desafíos.

Sin embargo, estoy convencido que para ustedes, el inicio será notoriamente más difícil que para nuestra generación. En aquella época, nuestra sociedad tenía mucho más nítidos los límites y diferencias. No existía lo que vemos hoy día cuando, en nombre de la tolerancia o de la diversidad, los márgenes de la vida recta aparecen difusos y permeables.

No existen patrones de comparación: algo que dé sentido o dirección a la conducta individual. Todo lo que pudiera ser un referente para distinguir lo bueno de lo malo, se tilda de anacrónico o fútil.

La actual, es una sociedad que se preocupa más de los derechos que de los deberes y responsabilidades, de las sensaciones antes que de los sentimientos y valores.

Así las cosas, corremos el riesgo de que nuestra identidad y normas

de conducta como militares, nos hagan aislarnos nuevamente de la sociedad a la que nos debemos o, en el otro extremo, relativizar nuestra conducta y, de esta forma, desacreditar nuestras leyes y reglamentos, nuestras doctrinas y tradiciones.

Con esta reflexión no quiero implicar que todo lo actual esté perfecto, pero que tampoco debe ser desechado como algo caduco o extemporáneo; asimismo, no quiero ser alarmista, solamente expresar que debemos mantenernos atentos a estos vaivenes.

Esta influencia social se convierte en una debilidad para nosotros los aviadores, especialmente los pilotos, ya que debido a nuestra formación inicial, tendemos a ser individualistas.

En este espíritu de relativismo moral, es fácil ser seducido por diversas corrientes de pensamiento, aunque no por ello pretenda calificarlas a priori de buenas o malas. Mas, el problema surge, cuando nos damos cuenta que no tenemos la preparación necesaria o la rigurosidad requerida para discriminar cuales son adecuadas a nuestra realidad y cuales no.

Entonces, es una seducción muy fuerte, el tratar de imponer o adaptar novedosas técnicas, solo por el hecho de ser nuevas, aunque no comprendamos cabalmente su impacto y alcance o, simplemente, porque no las adoptemos totalmente en su contexto.

En nuestra época, aunque tuvimos una educación similar en lo referido al énfasis en la toma de decisiones individuales, no enfrentamos estos mismos desafíos socioculturales.

Por otra parte, gracias a las tradiciones y ritos institucionales que vivimos, pudimos imbuirnos de un espíritu de cuerpo que aunaba voluntades y daba una motivación especial y un sentido de comunidad

y pertenencia; algo que no he visto replicado en otras actividades.

Mis recuerdos de oficial subalterno son precisamente esos: la franca camaradería, el compartir experiencias profesionales y personales, la búsqueda de la innovación en nuestras áreas de desempeño individual y colectivo, el énfasis en los aspectos técnicos de nuestra profesión.

Todo esto nos hizo crecer en amplias dimensiones, incluyendo el ámbito espiritual; tal vez no en su sentido religioso, ya que eso es una cuestión de fe personal, pero sí en lo referido a lo trascendente del hombre, en que uno no debe vivir solo para el día a día y que, con su ímpetu, construye para el mañana.

He aquí entonces porque creo que los jóvenes tendrán una misión más difícil que nosotros. No percibo que hoy se cultive la misma camaradería o sea tan fuerte el sentido de pertenencia. Quizás, en una reflexión más profunda y dándole una oportunidad a la duda podamos concluir que exista, pero de una manera que nosotros los mayores no alcanzamos a comprender. A lo mejor, somos ciegos a los signos y códigos actuales, que no nos son familiares.

A pesar de todo, creo no estar equivocado. Actualmente, las mejoras tecnológicas permiten hacer cosas que fueron impensadas hace tan solo 20 años. Vemos grandes despliegues pirotécnicos, que indudablemente exigen esfuerzo, pero, sin temor a equivocarme, dan énfasis al efecto momentáneo, en perjuicio de lo esencial y, por lo mismo, no dejan huella duradera.

Al término de estas fanfarrias, uno no puede evitar el sentimiento de que falta alma en las cosas, que no está presente el espíritu del hombre, su deseo de involucrarse, de aceptar sacrificios. Nos conformamos con la apariencia, esperando que esto supla lo fundamental. Tal es, como indican algunos comentaristas sociales, la farandulización de

nuestra sociedad.

En este orden de cosas, los comandantes actuales y los formadores de estas nuevas generaciones, también tienen una misión más difícil, ya que deben lidiar con este relativismo y con algo que podríamos definir como indiferencia, aunque más adecuado sería decir apatía, de la juventud actual.

Por este motivo, no debemos permitirnos caer en la tentación de enfocarnos solamente en la tecnología y lo que de ella se transfiere a nuestro trabajo. Es decir, buscar la excelencia solamente en el cumplimiento de nuestras labores técnicas, sin darles a ellas un propósito superior. Si hacemos esto, estamos expuestos al peligro de abandonar la vocación, que sentimos tan propia de nuestra carrera.

La tecnología en sí, no debe definir nuestros objetivos. Ella es solo una herramienta y nada más. Solo el espíritu del hombre hace digno el trabajo, cualquiera que éste sea. Y para esto, el hombre no debe trabajar para sí mismo, sino en pos de un bien o ideal superior.

Les pido entonces a los más jóvenes, que continúen perseverando con esfuerzo, para hacer de nuestra institución y de nuestra patria, una mejor Fuerza Aérea y un mejor Chile, con la ayuda de Dios.

Antes de finalizar, quisiera agradecer muy sinceramente, las palabras del Sr. Jefe del Estado Mayor General de la Fuerza Aérea de Chile, General de Aviación Don Javier Anabalón Quiroz, que fue generoso en destacar los principales aspectos profesionales y personales de quienes hoy somos despedidos. Los pensamientos expresados nos llenan de sana satisfacción y nos permiten aquilatar la medida de nuestro paso por la institución. Debo reconocer, por lo menos de mi parte, que hizo caso omiso de falencias personales y honestas discrepancias profesionales y, al mismo tiempo, agradecer que se haya dejado llevar

por su espíritu de camaradería y amistad.

Sus conceptos mi general, nos tranquilizan y han permitido que asistamos serenos de espíritu a esta emotiva ceremonia, a pesar de que nuestros sentimientos pugnan por salir al exterior.

Especialmente a mí, en mi condición de representante de los generales despedidos, me entregaron la tranquilidad necesaria para ocupar esta tribuna. Indudablemente, debo confesar, que me siento muy honrado de esta tarea, pues conozco la calidad profesional y personal de cada uno de ellos y de sus distinguidas familias.

Sabíamos que esta jornada, que iniciamos hace tantos años, debía llegar a su fin. Sin embargo, esto no obsta para que de igual forma, sintamos que este tránsito hacia otra etapa de la vida personal y laboral, sea una difícil transición. Aquello que ha logrado que esta coyuntura sea más llevadera, es la manifestación de aprecio y cariño que cada uno de nosotros ha recibido, a veces, de personas que uno no habría imaginado.

Al preparar este discurso, me hice el propósito de resumir en una palabra lo que esta jornada ha representado para nosotros, sin embargo, fueron tantas las ideas y sentimientos que acudieron a mí, que me resigné a no concretarlo. No pude dar con un concepto que sintetizara en forma certera mis pensamientos. Empero, este ejercicio intelectual me permitió darme cuenta que, el espíritu que me posee en este momento del adiós, es de agradecimiento.

A la institución, representada en las personas que nos guiaron, aconsejaron y que también nos reprendieron. Ellos dejaron su huella en nuestras almas, en surcos imborrables que dejan constancia de su influencia en nosotros. No quiero nombrar a ninguno de ellos. Sería injusto con demasiados cuyos nombres podría omitir, no por falta

de reconocimiento, sino por la falibilidad humana que, al calor de emociones fuertes, olvida cosas esenciales. Todos ellos hicieron posible que se grabara en nuestros corazones un indeleble amor a la Fuerza Aérea, recuerdo que permanecerá inalterable mientras vivamos y nos hará sentirnos parte de ella por siempre.

A nuestros sinceros amigos, cuya amistad se fue forjando a lo largo de nuestra carrera, y que nos acompañaron con su consejo o simplemente su presencia cuando lo necesitamos. Testimonio de estos estrechos lazos es la compañía de algunos de ellos en estas tribunas.

Pero sobre todo, agradecimiento a la familia, en primer lugar a nuestros padres quienes nos dieron la oportunidad de seguir nuestros sueños, sin tratar de imponernos los suyos. Su permanente apoyo fue la roca que nos dio el sustento necesario en los primeros años de vida profesional.

Muy especialmente, nuestra gratitud y permanente deuda con nuestras señoras e hijos, quienes nos han sabido acompañar en todas las vicisitudes que la vida nos ha puesto por delante. Ellos muchas veces debieron sacrificar sus aspiraciones personales por seguirnos en nuestro derrotero. Principalmente, agradecimiento por su comprensión y respaldo en los momentos difíciles, por su tacto y, sobre todo, por su cariño y amor inalterable.

Quisiera expresarles el reconocimiento, en nuestra calidad de maridos y padres para con ellos. De mis camaradas Federico Klock para su esposa Marycarmen y para sus hijos Karin, Marianne y Federico; de John Teare para su señora Ximena y sus hijos Macarena, Andrés y Felipe y en mi nombre, para Marcela y mis queridos hijos Ignacio y Francisca. Sin su fidelidad no nos habría sido posible alcanzar nuestros logros.

Finalmente, en especial para los más jóvenes, quiero repetir una cita que hice en una graduación de oficiales, hace algunos años ya, en esta misma tribuna. Corresponden al general norteamericano Robert E. Lee, quien en una carta a su hijo, también oficial, expresara lo siguiente:

“Cumple tu deber en todas las circunstancias. Nunca podrás hacer más y nunca deberías desear hacer menos”.

Estoy convencido que las futuras generaciones de aviadores cumplirán este deseo con valentía y generosidad.

Les deseo lo mejor a todos ustedes aquí presentes, y que Dios los bendiga.

Muchas gracias.

Félix Martínez Baeza
General de Brigada Aérea (A)

Santiago, diciembre de 2007